

**En mis grupos y compañías, ¿tengo amigos que sean “aliados” de mi corazón y de sus deseos más profundos?**

**Como los discípulos, ¿yo también he encontrado una Amistad cargada con una promesa de vida?**

**¿Quién me ayuda, diariamente, a estar más seguro del valor que tiene mi vida?**

## «VIVO QUIERE DECIR PRESENTE»

### Introducción\* - I



Foto de Luigi Ghirri, *Caserta*, 1987. De la serie *Un pie en el Edén*.  
© Herederos de Luigi Ghirri

## Saludo

de Julián Carrón

¡Buenas noches a todos!

Mi amigo Andrea me ha invitado a saludaros al empezar vuestro gesto, y acepto encantado. Mientras pensaba qué podía deciros, recordaba todo lo que os oí decir a algunos de vosotros en el encuentro por Zoom que tuvimos la semana pasada (el 26 de marzo de 2021) con algunos de los que se presentan este año a la EvAU. Me impactó el drama existencial que vibraba en ellos. Uno decía que estaba viendo cómo su vida decaía, otro que el entusiasmo inicial se iba perdiendo, otro que estaba apático, que nada le atraía, y otro preguntaba cómo disfrutar de la vida. A este “decaimiento” de la vida, a esta apatía, a esta falta de entusiasmo solo se puede responder con la vida. ¡Ningún tipo de razonamiento ni regla es »

\* El Saludo de Julián Carrón y la Introducción de Andrea Mencarelli en el Triduo Pascual de Bachilleres durante el Jueves Santo (1 de abril de 2021).

» capaz de dar una respuesta adecuada!

Pensé enseguida en Juan y Andrés, los dos primeros que siguieron a Jesús. En algún momento ellos también verían que su vida decaía, sentirían apatía o falta de entusiasmo. Pero en cuanto vieron a Alguien en quien la vida vibraba, ¡inmediatamente se pegaron a Él! Fue fácil reconocerlo. El cristianismo es fácil porque responde a una falta que percibimos en nosotros mismos, algo a lo que ninguno de nuestros intentos logra responder. ¡Es fácil interceptar la vida cuando a uno le falta precisamente la vida! No hay que hacer ningún curso en ninguna universidad del mundo, ¡porque todos tenemos ese detector que intercepta la vida allí donde vibra!

Pero uno podría pensar: «Juan y Andrés fueron afortunados... ¿y nosotros? ¿Sigue sucediendo, permanece en la historia esa vida que encontraron, que les hizo pegarse a Jesús?». ¡Sí! A mí me pasó, ¡me encontré con un hombre en el que capté ese mismo ímpetu de vida! Se llamaba don Giussani. Nada más oírlo hablar, uno no se sentía menos atraído de lo que lo estuvieron Juan y Andrés. Yo también, igual que Juan y Andrés con Jesús, me sentí pegado a él, hasta el punto de desear no perderlo nunca, no dejarlo escapar por el resto de mi vida.

Esta vida que hemos recibido es lo que nos hace vivir.

Por eso os invito a prestar atención –como hicieron Juan y Andrés–. No hace falta una preparación especial. Basta sencillamente con estar atentos para interceptar la vida allí donde se manifiesta, en cuanto aparece ante vuestros ojos. Es fácil reconocerlo. Solo hace falta el sobresalto del corazón que provoca, y el deseo de no perderlo. Quizá estos días –si estáis atentos–, en algún momento de vuestro encuentro, podáis sorprender en vosotros ese sobresalto, de la manera inesperada en que muchos ya lo habéis interceptado en otros momentos (por eso estáis esta noche aquí).

No deseo otra cosa, para que vuestra vida se cumpla, más que podáis encontrar una respuesta al decaimiento de la vida. Os deseo que encontréis a alguien que os haga sobresaltaros por lo que Jesús ha introducido en la historia. Empecemos a pedirlo todos juntos desde ahora. Con este canto inicial, pidamos al Espíritu poder interceptarlo.

*Desciende, Santo Espíritu!*<sup>1</sup>

## «A vosotros os llamo amigos» (Jn 15,15)

de Andrea Mencarelli

¡Bienvenidos todos! Sobre todo los que han decidido participar por primera vez en el Triduo de bachilleres sin saber muy bien de qué se trata y tienen que hacerlo de esta manera inédita. ¡Tranquilos, porque nadie estaba preparado para esto y en ese sentido todos somos “primerizos”! De todos modos, vamos a intentar disfrutar de esta noche y estos días. Todos estamos en la misma barca, así que ayudémonos a remar juntos y sobre todo dejemos que el mar nos lleve. ¡Ánimo!

### 1. Houston, we have a problem!

El año pasado por estos meses creíamos estar dentro de un periodo que en poco tiempo terminaría y nos permitiría retomar nuestra vieja vida para volver a «hacer todo lo que »

<sup>1</sup> E. Galbiati, J. Schweitzer, «Desciende, Santo Espíritu», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, 2004, p. 148.

» no se podía», como tarareaba este verano Alessandra Amoroso. En cambio, todavía nos encontramos dentro de un tiempo lleno de desafíos –como nos recordaba ahora Julián en su saludo–, sacrificios y descubrimientos, un tiempo propio de hombres vivos.

Estas semanas ha habido un hecho que me ha llamado mucho la atención, que no tiene nada que ver con la pandemia. El pasado 19 de febrero, el robot *Perseverance* desembarcó en Marte (no sé si lo sabéis, ¡pero también pasan estas cosas!). Las primeras imágenes, decir emocionantes se queda corto, mostraban un paisaje impresionante. Veamos juntos este breve video<sup>2</sup>.

Las imágenes –¡increíbles!– muestran un desierto rocoso con surcos hundidos en el terreno que, según los científicos, podrían ser signo de la presencia de agua líquida hace millones de años. Son noticias interesantes para los expertos en la materia y sin duda también muy sugerentes para nosotros, siempre deseosos por descubrir cosas nuevas. Pero si nos paramos un instante y nos preguntamos qué hay en Marte ahora (no hace millones de años sino ahora), fácilmente responderemos: un gran desierto.

Para ser sinceros, no necesitamos recorrer 470 millones de kilómetros, como ha hecho este robot, para encontrar un gran desierto, porque de hecho podemos encontrarlo en esta tierra, tumbados cómodamente en el sofá o sentados delante de una pantalla para dar clase, como nos ha pasado a todos este último año, experimentando esa soledad propia de quien está delante de un desierto.

¿Qué sentido tiene el desierto? ¿Qué sentido tiene la soledad? ¿Qué sentido tiene mi vida? Son preguntas que retornan continuamente. Un alumno mío muy simpático me respondió un día diciendo: «Por la mañana me despierto y veo a mi perro durmiendo tan tranquilo: come, duerme, sale de paseo. No tiene problemas. Profe, envidia a mi perro». Sobre esto nos retaba Carrón en la Jornada de apertura de curso de los bachilleres, cuando preguntaba: «¿No habría sido más sencillo nacer como uno de tantos seres que se mueven según leyes fijas? ¿O como esos seres vivos que no comprenden y no tienen que “resolver” el enigma de la vida?»<sup>3</sup>. Buscar agua en el desierto no es solo un problema de Marte, un tema para especialistas en la materia, es una cuestión que nos afecta a todos y lo que nos urge es vivir humanamente y no como animales, ya sea dentro de una zona roja, en una habitación, encerrados por una cuarentena o ante la tremenda noticia de una amiga que se quita la vida. Todo en nosotros, nuestro cuerpo, nuestra razón y nuestro corazón, siente vibrar la concreción de estas preguntas. «Hay determinadas preguntas que nos constituyen como hombres. Por eso, ¡bienvenidos al mundo de los hombres, de los hombres conscientes de sí mismos!»<sup>4</sup>, seguía diciendo Carrón.

Entonces, lo primero que debemos reclamarnos esta noche es una lealtad con nosotros mismos. No os preocupéis por ser distintos de como sois, no eliminéis ninguna de las preguntas que se agitan en vuestro corazón. Entendámonos, no porque todo vaya a ser bonito y sin esfuerzo, pues ciertas preguntas nos pesan por dentro como piedras, sino para tomarnos más en serio, hasta el fondo, es la única posibilidad de vivir estos días realmente como una oportunidad, para disfrutar de verdad, sin conformarnos con cierta tibieza sentimental o con repetir ritos vacíos. Es algo parecido a cuando vas al dentista. Si vas es porque te duele una muela. Si fueras fingiendo que estás bien o por darle un gusto al dentista, sería absurdo. Por tanto, ¡tengamos esta noche un instante de ternura con nosotros mismos! Vamos a tomárnoslo en serio y preguntarnos cómo estamos. Tal vez sea un pequeño paso para la humanidad, pero sin duda es un gran paso para el camino personal de cada uno de nosotros.

Escribe una de vosotros esta carta: «Desde febrero estoy totalmente perdida. Las clases, la mitad presencial y la otra mitad a distancia, los profesores que nos cargan de tareas y de-»

<sup>2</sup> [Perseverance sees Jezero Crater rim in 360° Mars panorama.](#)

<sup>3</sup> J. Carrón, *Solo ves lo que admiras*, Apuntes de la Jornada de apertura de curso de bachilleres con Julián Carrón y Francesco Barberis, por videconexión, 10 de octubre de 2020, p. 6, clonline.org

<sup>4</sup> *Ibidem*.

» beres, las relaciones de amistad que parece que se esfuman. En mi cabeza solo hay mucha confusión. No tengo noción del tiempo, me siento como “víctima” del tiempo.

Cuenta otra: «Solo soy una máquina. Me dan instrucciones y yo ejecuto. He perdido mi identidad y dignidad. Soy igual que los demás: hago lo mismo que ellos. Tengo las mismas obligaciones que ellos, así que hago lo mismo que ellos. Solo soy parte de una masa. Y tengo miedo. Miedo a que nadie vuelva a reconocirme. Miedo a no poder reconocirme delante del espejo. En los meandros de mi materia gris resuenan las órdenes “hazlo sola”, “repara”, “tienes que estar preparada”, “aguanta las lágrimas porque tienes que mostrarte fuerte”, “no hay tiempo para la fragilidad”. Son mis voces. Pensamientos que no sirven para nada. No pensar, lo que hay que hacer es no pensar en nada».

En los testimonios de estas amigas resuena el genio literario de grandes autores que han sabido captar muy bien este drama humano común a todos.

En una de sus obras, escribe Paul Claudel: «¡Qué sola estoy aquí! ¡Dios mío, qué sola estoy aquí y qué extraña me siento! Todo a mi alrededor es hostil y no hay sitio para mí. Hasta las cosas que me rodean se diría que no me ven y que yo no existo... La realidad está ausente, la vida real está ausente»<sup>5</sup>.

Dice así el premio Nobel Pär Lagerkvist: «Es un periodo triste y oprimiente. Los días se arrastran penosamente hasta que llega la noche otra vez»<sup>6</sup>. ¿Quién de nosotros no ha “sentido” la opresión de ciertos días que parecen vacíos, en los que irse a la cama parece casi una liberación? Pero luego viene el despertar. Edgar Allan Poe lo cuenta así: «No había abierto los ojos. [...] Ansiaba abrir los ojos, pero no me atrevía, porque me espantaba esa primera mirada a los objetos que me rodeaban. No es que temiera contemplar cosas horribles, pero me horrorizaba la posibilidad de que no hubiese nada que ver»<sup>7</sup>. Ausencia y soledad, a nuestro alrededor y en nuestro interior, en Marte o en la Tierra. Usando una expresión de astronautas en una famosa película, podríamos decir: «¡Houston, tenemos un problema!». Porque confusión, apatía, miedo e incertidumbre (como contaban nuestras amigas) son factores que todos hemos identificado en nuestra vida estos meses. Pensemos también en las preguntas que nos martillean (las preguntas que esta amiga sentía repetirse en su cabeza), las preguntas que nos han martilleado diariamente en los telediarios, en las conversaciones y en las asambleas de clase: ¿a cuánto ascienden los contagios hoy?, ¿funcionan las vacunas?, ¿volveremos a clase?, ¿qué pasará con las prácticas, los exámenes, las notas?

Pero ser leales con uno mismo no significa solamente denunciar con fuerza nuestro estado de ánimo, que es un buen punto de partida, el más sencillo de todos. Significa sobre todo ir hasta el fondo de la propia experiencia, sin quedarse en los síntomas superficiales. Si vas al dentista, es porque te duele una muela, entonces tú te sientas y él trata de entender qué te pasa, te pide que abras la boca, usa su instrumental para ver cómo estás, cómo reaccionas, y en un momento dado te dice: «Ya sé cuál es el problema, tienes una caries».

Este año todos nosotros hemos ido al desierto buscando agua, buscando alguien o algo que nos ayudara a responder a nuestro “dolor de muelas”. Como pregunta uno de vosotros, «¿cómo voy a volver a abrir los ojos en esta situación? ¿Quién me va a soportar?».

Escuchemos ahora una canción:

### *Million reasons*

«Me inclino para rezar / trato de que lo peor parezca mejor / Señor, muéstrame el camino / Tengo cien millones de razones para irme / pero solo necesito un buen motivo para quedar- »

<sup>5</sup> P. Claudel, *Il pane duro*, Massimo, Milán 1971, p. 102; la traducción es nuestra.

<sup>6</sup> P. Lagerkvist, *El enano*, Andrés Bello, Santiago de Chile 1994, p. 96.

<sup>7</sup> E.A. Poe, *Il pozzo e il pendolo*, en Id., *I racconti*, vol I, Einaudi, Turín 1983, p. 464.

» me»<sup>8</sup>. Nosotros también tenemos millones de razones, tendríamos millones de razones para dejarnos llevar y expresar todo nuestro cansancio (como de hecho solemos hacer), tenemos muchas razones para estar agotados y enfadados. Pero debemos preguntarnos (justamente por amor a nosotros mismos) cuál es el motivo que nos reúne aquí esta noche. ¡Porque hay una razón! O al menos una parte debe haber: «*Just a little bit's enough*», decía Pink en otra canción muy bonita que podría dialogar con la de Lady Gaga<sup>9</sup>. De hecho, este año no llegamos al Triduo como siempre, de la forma que todos (sobre todo los mayores) conocemos: no estamos en el recinto ferial de Rímini después de un viaje de convivencia en autobús, no llevamos una hora “chocando los cinco” y saludando a los amigos en el hotel, no hemos invadido las calles de Rímini. En definitiva, no hay nada que esta noche nos haya llevado de manera automática a juntarnos aquí. Todo lo contrario. Cada uno en su casa, delante de la pantalla por enésima vez. Nada más que el propio «yo». Y así será durante los tres días, porque no habrá nadie que pueda obligarnos a hacer nada, como en este instante. Mientras yo estoy hablando, cualquiera puede estar haciendo otra cosa, colgando una historia en Instagram, viendo una serie, navegando por internet y viendo todas las páginas que quiera. No hay nadie que te diga: «presta atención» o «enciende la cámara», como pueden hacer vuestros profesores. Precisamente por este motivo la pregunta se hace aún más radical que si estuviéramos juntos de manera presencial: ¿qué razón te ha hecho conectarte esta noche y contigo a tantos otros amigos?

## 2. «Yo os he escogido sacándoos del mundo» (Jn 15,19)

Para responder a esta pregunta no hay que inventar respuestas sofisticadas. Basta con mirar atentamente el camino de cada uno, como sugería Alexis Carrel: «Mucha observación y poco razonamiento llevan a la verdad»<sup>10</sup>.

Escribe una chica contando que invitó a sus compañeros de clase a ver a un amigo suyo gravemente enfermo. Delante de él, que afronta esta situación con esperanza y sin agobios, estos chavales (algunos de bachilleres, otros no) se pusieron a hacer un montón de preguntas. Decía uno: «¿Pero cómo puede darle un sentido? ¿Por qué está agradecido, a pesar de todo, a pesar de la enfermedad? ¿Cómo no está enfadado con Dios?». Pero también se fueron abriendo paso otras preguntas más personales: «¿Qué puede llenar *mi* corazón?». De este encuentro nació una relación nueva entre ellos. «Hoy –sigue diciendo esta chica– ha sucedido algo grande. Hoy me he vuelto a encontrar con todos ellos como si fuera la primera vez, pero también como si los conociera de toda la vida. Con una compañera mía de clase –que conozco desde la guardería– nunca antes habíamos estado como estas últimas semanas. En cambio, entre lágrimas, hoy me ha dado las gracias porque este encuentro no es algo de ahora sino el encuentro de toda una vida». Y acaba: «Este año pasado, la cuarentena, ha dado un vuelco a mi vida. Todo lo que sucede en cada instante me parece un milagro. Eso no significa que todo sea fácil y bonito, sino que todo está ahí para mí». Ahí donde todo parece árido, como la enfermedad, u obvio (los compañeros de clase de hace cinco años o hasta de la guardería), ¡sucede algo que regenera el tejido de esas relaciones!

Ya solo por todas las grandes preguntas que han surgido y por los muchos hechos que habéis contado –ha llegado una avalancha de relatos como estos, hemos recibido muchísimas cartas y muchas de ellas contaban hechos inesperados, imprevisibles y gratuitos, que han hecho que muchos retomaran el camino–, ¡ya solo por eso podemos decir que este no ha »

<sup>8</sup> «*I bow down to pray / I try to make the worst seem better / Lord, show me the way / To cut through all his worn out leather / I've got a hundred million reasons to walk away / But, baby, I just need one good one to stay*» (Lady Gaga, «Million Reasons», del álbum *Joanne*, Interscope Records 2016)

<sup>9</sup> Pink y Jeff Bhasker, «Just Give Me a Reason», del álbum *The Truth About Love*, RCA Records 2012.

<sup>10</sup> Cfr. A. Carrel, *Riflessioni sulla condotta della vita*, Bompiani, Milán 1953, pp. 27s.

» sido un año perdido en nuestra vida! Desafiad a los que se empeñen en decirnos lo contrario diciendo que esto es un paréntesis. ¡¡No, no es verdad!! Como dice el filósofo Emanuele Severino, «la mirada que percibe el desierto no pertenece al desierto. Está “en otra parte”»<sup>11</sup>. Hay algo que vibra en nosotros, aunque de manera confusa, y por esa vibración tú y yo, aunque sea a distancia, aunque nunca antes nos hayamos encontrado, esta noche estamos juntos como amigos en camino.

Una vibración, una inquietud del corazón, un rostro amigo, fueron las razones por las que otra noche, hace dos mil años, los discípulos también participaron en aquella cena, la última, con Jesús. Estaban allí con Él no por rellenar una noche vacía, por matar el tiempo, sino para no perder el hilo de una amistad que había dado un vuelco a su vida y les había unido a pesar de sus diferencias.

Había un factor que unía las vidas de Pedro, Juan, Tomás, Judas, aun con sus diferencias de temperamento: ninguno de ellos había producido aquel encuentro, ninguno había creado aquella amistad, pero todos habían sido alcanzados de algún modo por Jesús. En este caso, cambiando el orden de los sumandos, cambia el resultado. De hecho, Él les dijo: «Yo os he escogido sacándoos del mundo». “Escoger” quiere decir “elegir”, “preferir”. Como si Jesús les estuviera recordando: «Os he sacado de donde estabais, en vuestro desierto, en vuestra barca, en lo alto del sicomoro, sanos, enfermos, enfadados, pecadores... nada de eso ha sido objeción para que yo os prefiriera como “amigos míos”, gratuitamente». Entonces, si tú y yo estamos aquí, conectados en la intimidad de nuestra habitación, es porque al menos una vez hemos vivido en nuestra propia piel la experiencia de haber sido queridos por alguien gratuitamente. No por haber demostrado algo o por haber conseguido mil *followers* o diez mil inscritos a nuestro canal de Tik-tok, sino de manera gratuita, inesperadamente.

Para cada uno de los discípulos, el encuentro con Jesús tuvo el efecto inmediato de un auténtico renacer, porque «el yo renace en un encuentro». Un renacer que se expresaba en una unidad nueva con uno mismo y con la realidad: ya no un yo solitario y fragmentado en mil pedazos, como suele pasar todos los días (las clases, la familia, los amigos, los bachilleres, los otros amigos, el estudio), sino un yo unido, presente, creativo, protagonista de sus propias decisiones, incluidos los propios errores.

Dentro de este renacer de los discípulos, había sobre todo una profunda alegría. De hecho, nada nos mueve ni nos hace percibir la realidad como “amiga” tanto como cuando nuestro corazón está de fiesta. Como cuando la chica a la que llevas meses tirando la caña al final te dice «sí», casi “cansada” de tu insistencia, y a ti casi se te sale el corazón y vuelves a casa dando saltos, y tu madre al verte te pregunta: «¿pero estás bien?» y tú respondes: «Sí, mamá, claro que estoy bien, ¡vaya pregunta!». Y hasta recoges la mesa después de cenar y lavas los platos, y tus padres se sobresaltan porque te han rogado, te han amenazado, te han ofrecido dinero para que alguna vez hicieras algo, colocar un vaso, enjuagar la taza en vez de dejarla sin más en el fregadero, y tú nunca has hecho caso. ¡Y de pronto llegas una noche y lo haces todo, todo y cien veces mejor, sonriente, con el corazón alegre!

Ese encuentro, en ellos (los discípulos) y en nosotros, ha sembrado una alegría inesperada, como el inicio de algo nuevo. Algo que todos querríamos que pudiera crecer y llegar a ser cada vez más nuestro. Por eso cantamos juntos «Il seme»<sup>12</sup>.

### *Il seme*

### **3. «Permaneced en mí» (Jn 15,4)**

¿Cómo crece la semilla? ¿Cómo es posible que esa alegría del inicio llegue a estar presente »

<sup>11</sup> Cfr. E. Severino, *Techné. Le radici della violenza*, Rusconi, Milán 1979.

<sup>12</sup> C. Chieffo, «Il seme», en *Cancionero*, op. cit., p. 334.

» en nosotros de manera cada vez más plena y estable? «Para que vuestra alegría sea plena, permaneced en mí», dice Jesús a sus amigos.

Los discípulos no entendían todas sus palabras, como nos pasa también a nosotros, que no entendemos a la primera todas las palabras, como con las fichas de la Escuela de comunidad que nos parecen “difíciles”, pero eso pasa siempre (lo de no entenderlo todo enseguida). A veces los discípulos también se encontraban repitiendo palabras que Él había dicho aunque no hubieran llegado a captar todo su significado. Y las repetían porque eran las palabras de Jesús. En una relación, es normal repetir. Es como cuando de pequeños aprendíamos a decir palabrotas. No estábamos al tanto del significado exacto de lo que estábamos diciendo, lo repetíamos porque lo había dicho un amigo mayor que nosotros. Vivimos intentando hacer nuestras las cosas que vemos en nuestros amigos. Pero si esto es así en tonterías como el ejemplo de las palabrotas, más aún en las cosas que prometen vida, que son como agua en nuestro desierto, como era escuchar las palabras de Jesús para sus discípulos.

Hay un episodio famosísimo donde Jesús, después de multiplicar los panes y los peces y haber dado de comer a miles de personas, viendo que todos corrían hacia Él para comer, les dijo: «Os daré mi carne para comer y mi sangre para beber». La gente no entendía, no entendía nada (¡era una “ficha” difícilísima!) y varios decidieron marcharse, extrañados y desencantados, cada uno a su casa sobre sus propios pasos, a un lugar seguro. Como nos pasa tantas veces también a nosotros, que seguimos algo que al principio nos atrae muchísimo y luego lo dejamos en cuanto se esfuma el entusiasmo o aparece alguna dificultad o contradicción (cuántas cosas empezamos y dejamos ahí al primer tropiezo...). Jesús, al ver esta “huida”, se dirige a sus amigos más cercanos, los discípulos, y les pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?». Entonces Pedro responde: «¿A quién vamos a acudir? Solo tú explicas la vida como es realmente, solo tú comprendes la vida hasta el fondo». ¿Veis? No es que Pedro hubiera hecho antes un examen de medicina para poder responder de manera inteligente a la pregunta que le había hecho Jesús. Probablemente, tampoco Pedro, al igual que los demás que se habían marchado, entendía el significado de aquellas palabras: «mi carne y mi sangre». Pero permanecer con Cristo fue fácil. Porque la vida –en este caso esa vida “especial” que es el cristianismo– es algo fácil, no se basa en razonamientos elaborados reservados solo para algunos. Encontrar la diferencia entre el agua y el desierto es facilísimo. Es algo que se puede reconocer antes que entender. Los discípulos veían que aquella relación triunfaba sobre todas las demás relaciones que conformaban su vida. De hecho, los discípulos también tenían vínculos y relaciones con otras muchas personas aparte de los doce (¡porque eran gente normal!), compañeros, otros pescadores, vecinos, fieles del templo, gente de la calle, de la plaza, el pesado que se encontraban en la esquina todas las mañanas, los padres de los amigos de sus hijos, muchísimas relaciones, pero el vínculo con Cristo era para ellos algo que llevaba dentro otra cosa, algo distinto, que había despertado en su corazón una esperanza de vida que no podían reproducir las manos humanas, que no se podía encontrar en cualquier otro sitio. Como describe Bernanos, «la mirada divina se ha posado sobre nosotros, tan firme y tierna. Entonces, en esta maraña de instintos, hábitos adquiridos o heredados, en la carne y en la sangre, algo se ha despertado y se ha movido de una vez para siempre»<sup>13</sup>.

Así llegaron los discípulos aquella noche a esa casa llamada “cenáculo” para cenar con Él. No debemos imaginarnos soldaditos que llegan desfilando a un evento, con una alfombra roja reservada para los “vip”. Los discípulos llegaron tal como estaban. Iban al cenáculo porque iban a ver a Jesús, porque iban a pasar una velada entre amigos, como si tú fueras a casa de un amigo o él a la tuya, a pasar un rato juntos o a tomar algo, porque el contexto »

<sup>13</sup> Cfr. P. Macchi, *Bernanos e il volto del male*, Ponte Nuovo, Bolonia 1996, p. 30; la traducción es nuestra.

» es familiar, porque tú sabes quién es amigo tuyo, con el que no necesitas tener las armas en alto, con el que vas tal como eres, desarmado. Los discípulos llegaron, cada uno con sus pensamientos, con sus sentimientos, con sus preguntas. Uno quería preguntar algo a Jesús, otro tenía el problema de hacerse notar delante de Él, otros en cambio solo querían pasar juntos una noche de fiesta porque se acercaba la Pascua. Todos querían estar con Él porque, para ellos, Él era como una casa, una “morada”, como hemos aprendido en la Escuela de comunidad. Entre ellos también estaba Judas, pero esa noche llegó enfadado, en su corazón había decidido librarse de Jesús.

Aquella noche, Jesús, como era habitual, hablaba de la vida, preguntaba, escuchaba, hablaba de los problemas del mundo, hablaba de Dios. Pero esta vez usaba un tono fuerte, como si supiera que algo importante iba a suceder. Como cuando uno habla y se le nota en la cara que algo le turba por dentro, que no le deja tranquilo. En un momento dado, Jesús hizo también un gesto extraño, pasando entre sus discípulos y lavándoles los pies, comportándose como si fuera un siervo. Se quedaron atónitos. «¿Pero qué está haciendo?», pensó Pedro, su fiel amigo, dispuesto a permanecer en la vida y en la muerte al lado de Jesús. Porque delante de un amigo queremos demostrarle que “valemos”, que Él puede contar con nosotros al cien por cien. Pero Jesús dirá más tarde a sus discípulos: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos»<sup>14</sup>.

Nada más terminar este momento, volvió a hablar diciendo que se iría, pero que volvería. Al final les pidió que permanecieran con Él. Lo único que pide Jesús no son demostraciones heroicas sino: «Permanece conmigo, permanece en mí». Probablemente aquí los discípulos solo intuyeron algo vagamente, pero tenían clara una cosa: se quedarían con Él, como era evidente que harían, esa noche y el día siguiente. No podían imaginar otra cosa, ¡no podían pensar en una vida sin Él! Para nosotros, es increíble captar en ese momento la diferencia entre la conciencia de los discípulos, todavía pequeña, todavía una semilla (casi estaban acostumbrados a la presencia de ese amigo excepcional), y la de Jesús, que sabía que todo iba a cumplirse con su muerte. «Dar la vida por sus amigos» no solo era una idea bonita, heroica, un gran ideal, sino algo que iba a hacerse realidad en la piel de Jesús. ¿Para qué? Para que la felicidad plena que ya vivían estando con Él, que habían empezado a vivir estando con Él, perteneciéndole, llegara a ser definitiva e imborrable, pasara lo que pasara en sus vidas, hasta una pandemia.

También a nosotros el Señor nos ha hecho y nos hace una promesa de felicidad. No solo bonitas palabras, sino una experiencia presente, algo que pasa por la materialidad de las cosas. Por tanto, vivamos juntos estos días con atención, pidiendo estar presentes con sencillez. No hay que preocuparse si nos distraemos, pero sorprendámonos en cambio cuando suceda algo –como nos recordaba antes Carrón– que no producimos nosotros, que no es resultado de nuestro esfuerzo, sino que es como algo nuevo que viene a buscarnos, llamando a la puerta de nuestro corazón.

Intentemos expresar humildemente nuestro deseo con este canto.

*Qui presso a te*<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Jn 15,13.

<sup>15</sup> Qui presso a te», en *Canti*, pp. 121-122.